PLATICA SEGUNDA DEL ROSARIO.

In nomine Patri, et Filius et Spiritus Sancti. Amen.

Veni, coronaberis. Ven, serás coronada. (Cantar de los Cantares, IV. 8.

Amados hermanos mios,

Tal fué la acogida hecha por el Señor, á la más noble, á la más ilustre, á la más santa de las criaturas; he aquí como la Vírgen sin mancha fue proclamada Reina del cielo y de la tierra.

¿Qué debe inspirarnos la coronación de María? el pensamiento de honrarla profundamente nosotros mismos, y de decirle, mientras permanezcamos en este valle de lágrimas: "*Veni, coronaberis*, ¡oh buena Madre! venid, seréis coronada."

¿Podemos acaso coronar á María? dirá alguno; y suponiendo que sí, ¿qué clase de corona deberá ofre-

cérsele que sea digna de ella? La corona que nuestra Madre agradecerá siempre, hermanos mios, es una que está formada de perlas y flores y que baja del cielo; es una corona que lo mismo puede formar el sabio que el ignorante, el pobre que el rico, el enfermo que el sano, el niño que el anciano, el pecador que el justo. Esta corona es el rosario, el rezo que en este momento estamos practicando. Siempre que lo rezamos con el corazón puro ó cuando menos contrito, colocamos una flor en la corona de María.

En esta plática procuraré, hermanos mios, inspiraros devoción á esta piadosa práctica y destruir á la vez las burlas de la ignorancia y de la mala fe.

Pidamos el auxilio de María, *Ave María.*

I.

Veamos lo que es una tercera parte del Rosario: es una corona de oraciones; una corona compuesta del símbolo de los opóstoles, de la glorificación de la Santísima Trinidad, de la oración dominical y de la salutación angélica. El *Credo* se dice una vez, la decoloxia y el Pater, siete veces, y el Ave, cincuenta y tres veces.

"Es preciso rezar y no cansarse nunca," dice el Evangelio. La oración es al alma lo que el alimento al cuerpo, lo que el aire á todo ser viviente. La oración es el conducto de todas las gracias: "El que pide recibe, el que busca encuentra y se abre al que llama à la puerta." ¿Cómo debemos orar? ¿qué debemos pedir? ¿quién nos enseñará á orar bien? Los apóstoles solicitaron esta divina receta para ellos y para nosotros: *Domine, doce nos orare*; Señor, enséña-

nos á orar.'' El Señor les enseñó la oración que ya conocéis, la oración dominical, que es una fórmula corta y fácil, pero que en su sencillez y brevedad, encierra todo lo que debemos pedir á Dios, por su gloria, por la edificación de nuestros semejantes y por nuestra salvación. Si amamos á nuestro Dios, á nuestro Padre, á nuestro Salvador y Santificador, debemos desear que sea conocido, amado, servido y glorificado por todas las criaturas. Esto es lo que se pide en estas palabras: *Sanctificetur nomen tuum*, santificado sea tu nombre. Debemos desear que reine en todos los corazones, en las almas como reina en los espacios de los cielos y en lo profundo de los infiernos: Esto es lo que se pide en estas palabras: "*Adveniat regnum tuum*, vénganos el tu reino." Es preciso que los hombres hagan su voluntad como la hacen los ángeles: esto es lo que pedimos en estas palabras: *Fiat voluntas tua*, hágase tu voluntad. El alimento nos es necesario para el cuerpo y para el alma, así como á nuestro prójimo, y no una sola vez sino todos los días: esto es lo que pedimos en estas palabras: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* El pan nuestro de cada día dánosle hoy;—Pobres hijos de Adan, miserables pecadores, nos alejamos de Dios por nuestra desobediencia y perdemos el cielo por nuestras injusticias é iniquidades, y necesitamos obtener el perdón de nuestros pecados. Dios nos lo promete con la condición de que perdonemos las injúrias de nuestros prójimos como él nos perdona: esto es lo que pedimos en estas palabras: "*Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*, perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores.'' Nuestra vida en este mundo es una tentación

cuotidiana, una lucha fatigosa, y necesitamos auxilios para resistir, vencer y triunfar; esto es lo que pedimos en estas palabras: "*Et ne nos inducas in tentationem*, y no nos dejes caer en tentación.'' El pecado es el mayor de todos los males, el único mal verdadero que hay en la tierra. ¡Cuán provechoso es para nosotros ser preservados por la mano del Todopoderoso! Esto es lo que pedimos en estas palabras: "*Sed libera nos á malo* y líbranos de mal."

A la oración dominical, que es la más excelente de todas, agregamos otra muy grata al corazón fiel, una oración que vino del cielo: el Altísimo fué quien inspiró al arcángel Gabriel la primera parte, la segunda á santa Isabel y la tercera á la Iglesia; es la salutación angélica. ¡Cuánta es la dicha que experimenta un buen hijo al saludar á su madre, al manifestarle el amor profundo que le profesa y pedirle su bendición! Pues bien, todos somos hijos de María y por lo tanto ¿qué salutación podemos dirigirle que sea como la que nos enseñó el mismo Dios? ¿Puede serle algo más grato que oir que le decimos: Dios te salve María, llena eres de gracia y nada ha empañado jamás la pureza de tu alma virginal: *Ave, gratia plena.* Puede oir una frase más sonora á sus oidos: El Señor es contigo, *Dominus tecum*; bendita eres entre todas las mujeres, porque á todas las superas por tu inmaculada concepción y por tu dignidad de Madre de Dios; *Benedicta in mulieribus*; y bendito es el fruto de tu vientre Jesús, y á su nombre han de hincar las rodillas en el cielo, en la tierra y en el infierno, *et benedictus fructus tui, Jesus?* ¡Cuán grande es nuestra dicha por tener una protectora como María, tan buena y tan poderosa!

¿Para cuándo le pedimos que ruegue por nosotros? Para ahora, para cada instante, porque necesitamos continuamente de su gracia para luchar victoriosamente contra la carne, contra el mundo y contra el demonio: "*Sancta María, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc.* Te suplicamos que ruegues por nosotros pecadores especialmente á la hora de nuestra muerte, en el momento de la lucha entre la muerte y la vida; y te suplicamos que nos haga triunfar de Satanás, que es cuando más se empeña en perdernos: "*Ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae!*"

Este es el Rosario, hijos mios: una corona de súplicas, una encadenación de misterios. Al recitarlo recuerda el cristiano los tormentos del Salvador y de su Madre padecidos por nosotros.

Debemos ser muy devotos del Rosario.

II.

¡Cuán poco aman al Redentor y á María los que ven con indiferencia el Rosario! ¡Cuán poco se cuidan de su salvación, de su alma y de la eternidad los que murmuran contra este rezo! Esto es bueno para los candorosos, para los niños y para las mujeres, dicen.

¡Ciegos! Cierto es que el Rosario es bueno para los niños y para las mujeres, pero tambien lo es para vosotros, á pesar de vuestro saber y de vuestra presunción. Al recitarlo creeríais degradaros. Entonces os consideráis superiores á los reyes que lo han rezado. El gran monarca Luis XIV lo rezaba todos los días, y al encontrarle un día el Padre la Rue, jesuita, rezándolo, se sorprendió agradablemente.—No os admiréis de esto, dijo el rey, porque mi madre acostumbró á rezar el Rosario, y yo no podría pasar un solo día sin cumplir con tan piadosa devoción.

Después de esto bien puede decirse á los detractores del Rosario que no solo es bueno porque es una súplica, sino porque la oración es tan indispensable al hombre como á la mujer, al niño como al anciano, al letrado como al ignorante, al rico como al pobre, al debil como al poderoso.

No es sino una repetición de lo mismo, dicen, una aglomeración de las mismas palabras.

Cuando se ama á Dios, debemos contestarles, cuando se quiere á Jesús y á María, no se cansa uno de repetírselo. ¿No hacía todos los días una misma oración Jesús en el jardín de los olivos? *Eumdem sermonem dicens..*

Decid á un estudiante que no debe asistir á la clase porque repite siempre lo mismo, y el os contestará que solo así se aprende á leer, á escribir y á contar. Así también rezamos nosotros el Rosario para aprender las verdades y los misterios de nuestra santa religión.

Decidle á un obrero que porqué mueve siempre el escoplo, el martillo ó la azada, y os dirá que es porque así gana su pan.

Porqué recibe el mercader continuamente bultos que abre y cierra sin cesar, y os contestará que así es como lucra.

Podemos decir á los que critican el Rosario porque es una continua repetición, que también lo es el comer. ¿Porqué no se abstienen de la comida? ¡Ah! es porque sin comer no pueden vivir. Pues bien, la oración es el reposo y el alimento del alma, y por esto

no se debe desdeñar el Rosario, que en vez de ser enojoso, es grato cuando se reza con fe.

Cristianos, recémoslo con fervor, porque nos hará un gran bien, como á un jóven de quien voy á hablaros: "Era un disoluto y todos conocian sus desórdenes. Una noche le dió un ataque de apoplegía; cuando entraron en su cuarto y le vieron, llamaron á un sacerdote y cuando llegó le encontró sin conocimiento. Se retiró y al día siguiente le aplicó una misa en honor de la Santísima Vírgen. Apenas acababa de celebrar cuando le avisaron que el enfermo había vuelto en sí; fué á verle inmediatamente y le encontró enteramente arrepentido de su conducta anterior; y recibió los auxilios de la religión de un modo edificante. Admirado el sacerdote de este prodigio interrogó al moribundo, que le dijo entre sollozos: "Solo puedo atribuir esto á la misericordia de Dios y á la bondad y poder de María. Antes de morir, me llamó mi madre junto á su lecho de muerte, y después de hacerme ver los malos pasos que yo daba, me dijo: Hijo mío, te dejo bajo el amparo de la Vírgen María; prométeme que en memoria mía rezarás todos los días el rosario. Se lo prometí, recé el Rosario todos los días, y confieso humildemente que desde hace diez años éste es el único acto religioso que he practicado. El sacerdote comprendió que el pecador debió al Rosario que en honor de María rezó todos los días el favor de recibir los últimos sacramentos, y el enfermo murió tranquilo. (*Véase la devoción de María en ejemplos.*)

Sírvanos este ejemplo, hijos míos; recemos el Rosario con fervor, meditando el misterio que acompaña á cada *Ave*. Coronemos á nuestra Madre, *Veni, coronaberis*, y llegará un día en que nos diga la Vírgen: "Hijo mío, tú también serás coronado; ven, y mi Hijo te dará la corona de la dichosa inmortalidad.

Amén.

EL ESCAPULARIO.

PLATICA PRIMERA.

In nomine Patris
et Filius et Spiritus Sancti, Amen

Gaudebo in domino.....quia induit me vestimentis et indumento justitiae circumdedit me. Se regocijará mi alma en mi Dios, porque me puso vestiduras de salud y me rodeó con un manto de justicia. (*Isai.* LXI. 10.)

Hermanos mios:

El profeta Isaías, según relata la Sagrada Escritura, tuvo los lábios purificados por un serafin (Isaías VI) para ser digno de anunciar al mundo á la Madre del Redentor, y predecir á los hijos de los hombres la poderosa protección que encontrarían en esta Vírgen Inmaculada: "Me regocijaré en el Señor, dice,